

LA MUERTE EN LA GRECIA CLÁSICA

*Manuel Maita Astudillo**

Cuando apartamos la mirada de nuestra realidad y la dirigimos a la ancestral cultura egipcia, vemos sus majestuosas pirámides, soñamos con desfilas por los decorados pasillos de las tumbas reales, nos quedamos sin aliento ante las máscaras mortuorias y los sarcófagos; cuando pensamos en los etruscos, no cesamos de preguntarnos la razón de la fascinación que causa en nosotros la sonrisa de los esposos difuntos; en ambas culturas la idea de la muerte se nos presenta claramente, pero cuando echamos una ojeada a la vida de los antiguos griegos nos encontramos con un pueblo cuyos logros artísticos e intelectuales están orientados a la exaltación de los principios vitales del hombre, a la glorificación de la belleza y los goces supremos que da la vida. Con un espíritu racional apegado a las nociones vitales como el de los helenos pareciera que la muerte no hubiera significado mucho para ellos; por ello es que en este trabajo nos proponemos reflexionar sobre la manera en que los griegos del período clásico -y hemos escogido este período no sólo porque en éste la cultura griega alcanzó su cenit, sino porque en él se aprecia mejor que en otros la fusión de elementos de épocas y orígenes diversos- se enfrentaron a la

muerte, la realidad que siempre ha estado presente en la vida humana y que por lo tanto no pudo ser ignorada por una civilización que nos legó realizaciones brillantes. Al profundizar en la idea que los griegos tenían acerca de la muerte, nos asaltan incógnitas como la de si ¿los griegos reafirmaron su vitalidad con las ideas y representaciones de la muerte?, ¿significaba la muerte la culminación de un ciclo vital o sólo un trance hacia una nueva vida?; si la muerte era la puerta a otra existencia, ¿cómo sería ésta?, ¿acaso el consciente del individuo sobrevivía o sólo se trataba de una sombra sin capacidad de razonar?, ¿las representaciones de asuntos cotidianos en objetos consagrados al culto funerario reflejaban cotidianidad de la muerte o constituyeron un mecanismo de negación de ésta?, ¿qué función cumplieron dentro de la sociedad los cuidados a los que se sometía el cuerpo del difunto?, y así una serie de interrogantes más acerca de lo que pensaban y sentían los griegos en relación a la muerte, a los que nos enfrentamos por medio del análisis de los restos materiales y fuentes literarias que han llegado hasta nosotros. He aquí algunos resultados:

"Ya está oscureciendo y se acerca una comitiva al Cerámico, a lo lejos se oyen los cantos melancólicos acompañados por el *aulós*, también se escuchan los gritos desgarradores de las plañideras contratadas para la ocasión. Ya la procesión se va aproximando, a la cabeza va una doncella que porta un *lékythos* de fina hechura, de cuello muy alto, de color negro y en cuyo fondo blanco se ve al difunto Melos retratado en la flor de la vida, cazando aves silvestres en compañía de su fiel perro Argos. Siguen en el cortejo los músicos de tonadas tristes y las plañideras, más atrás sobre una carretilla descansa el cuerpo del amado por todos; ya se cumple el tercer día desde que su alma escapó por entre sus labios, ya su viuda y sus deudos lo lavaron con aguas

perfumadas y envolvieron su cuerpo sin vida con finas piezas de lienzo nívco como los brazos de la inmortal consorte del Tonante; sobre su cabeza colocaron una agraciada corona de flores, y en su boca lleva el *óbolo* que debe entregar al anciano Caronte una vez que cruce los ríos infernales, también lleva consigo una torta endulzada con miel para frenar la furia del cruel Cerbero. Hoy Melos en su despedida de este mundo está radiante, sus deudos van junto a él, le siguen los amigos que fieles a sus juramentos no dudan en acompañarlo hasta su última morada. Una vez en el lugar escogido, la negra comitiva deposita el cuerpo de Melos en la entraña de la divina Gea. Sobre el sitio una bella estela recordará a los transeúntes la gloria del personaje allí enterrado. Dentro de tres días los dolientes traerán tortas, leche y vinos, y luego al día noveno, y al cumplirse un mes. Después Melos será recordado todos los años en el aniversario de su deceso y en ocasión de las *Anthesterias*. Su viuda y sus deudos abandonarán los ropajes oscuros y se dejarán crecer los cabellos, y así la vida seguirá siendo como antes".

Este entierro descrito no corresponde por supuesto al de un ciudadano pobre, pero refleja los aspectos más comunes de la ceremonia fúnebre en la que se mezclan elementos novedosos con otros más antiguos fijados por la tradición, lo que permite apreciar que un culto tan complejo no pudo haber tenido tanta difusión en una cultura que se hubiera caracterizado por ignorar la realidad de la muerte. El ritual funerario del lavatorio y arreglo del cuerpo del difunto, no con las mejores galas pero sí con atuendos que evidencien su purificación, sugieren la existencia de otra dimensión espacial a la que el difunto se dirige, y que presenta una significación importantísima dada la pureza que debe transmitir desde su llegada. Ese 'más allá' presenta varias formas; la más conocida es la difundida por los poemas homéricos y recalca

por los poetas líricos: el hombre al morir, deja escapar su espíritu por la boca y éste se dirige a las profundidades del Hades, allí será juzgado por los jueces Minos, Radamantis, Éaco y Triptólemo, permanecerá en ese reino como una sombra y únicamente recobrará la conciencia cuando beba la sangre de un animal sacrificado para tal fin. Con semejante esperanza no es raro que Homero afirme:

"... tal es la suerte de los mortales, cuando han muerto; ni a las carnes ni a los huesos sostienen los tendones, la fuerza violenta del fuego brillante los destruye, tan pronto como el aliento los blancos huesos abandona, y el alma, como un sueño, emprende el vuelo y revolotea"¹.

El panorama del Hades se ve aún más ennegrecido por los castigos de los que actuaron contra los dioses; pero no hay muestra más pesimista de lo que es el reino de los muertos que las palabras de Aquiles a Ulises:

"... preferiría ser labrador y servir a otro, aunque fuera un hombre indigente y que tuviera pocos recursos, a reinar sobre los muertos"².

Evidentemente una idea de la muerte tan pesimista favorecía la exaltación de los goces de la vida, pero además debía de mantener en zozobra al griego común debido a que de acuerdo con Arquíloco y con Simónides:

"nadie es inmune a la muerte"³,

por lo tanto la presencia de la realidad mortuoria se hace evidente en la cotidianidad griega, y mientras más se elevaban como ideales aquellas reflexiones referentes a la vida, más se

temían las referentes a la muerte.

El cortejo fúnebre descrito anteriormente contaba con músicos que entonaban melodías tristes que recordaban los célebres cantos de Orfeo, el uso del *aulós* para acompañar estos cánticos se justifica por los lúgubres sonidos emitidos por el instrumento. El vestido negro que se usaba es común en muchas culturas y expresaba la relación del deudo con los dioses subterráneos en cuyas moradas jamás penetra la luz. El cortarse el cabello implicaba la comunión de un elemento vital con el difunto en trance hacia un nueva dimensión. Aquiles sentó el precedente con Patroclo, y así la tradición fomentaría estas prácticas y otras como la de introducir una moneda en la boca del fallecido para que éste pagara los servicios del barquero infernal, y la de enterrar las armas junto a su dueño. Si bien Solón proscribió la suntuosidad en las ceremonias fúnebres, prontamente se popularizaron, precisamente por la difusión que el culto a los muertos tuvo durante la época clásica, en la que la antigua idea de la vida en el más allá se mantuvo pero con algunas significativas variantes que disminuyeron la pesada carga que la muerte significaba para el griego.

La difusión de cultos foráneos en el Ática favoreció el cambio de las concepciones que sobre la muerte se habían tenido. La aparición del orfismo, de origen tracio, y las prácticas de los misterios eleusinos asociadas al culto a Dionisos, eliminaron gran parte del pesimismo del culto a los muertos al ofrecer la posibilidad de gozar de bondades aun después de la vida. Este cambio consistía en proponer el abandono de la idea de una muerte que conllevaba una existencia gris y sombría en el Hades, por una nueva concepción en la que aquellos hombres justos e iniciados en los misterios gozarían de una permanencia plácida junto a sus iguales una vez traspasado el umbral de la muerte. Como se puede apreciar, la creencia en la vida de ultratumba aún se

mantiene pero ésta es diferente, ya que se le infundió cierto optimismo al eliminarse los espectros terribles del reino de los muertos, por la implantación de virtudes como la justicia y la equidad como reguladores de la vida ultraterrena. Un nuevo elemento vinculaba directamente al hombre vivo con el que muere: la iniciación en los misterios. Esta práctica tan sagrada para los griegos implicaba la participación del iniciado en los principios vitales ocultos de la naturaleza y, por lo tanto, la experimentación de estas manifestaciones supraterráneas preparaba al iniciado para aceptar la muerte como la liberadora de su prisión corpórea y material y que le abría las puertas para el disfrute de las verdades divinas.

Otras teorías sobre la vida después de la muerte nacieron de las reflexiones de insignes filósofos y poetas que de alguna forma lograron influir en el modo de pensar del resto de la población.

Tales de Mileto, Anaximandro y Anaxímenes coincidieron en afirmar la inmortalidad de la esencia del universo y de la inmortalidad misma. La tesis de la inmortalidad sería defendida con la de la reencarnación continua:

"A la muerte le sigue un renacer. No hay fin absoluto. Cuando se muere se deja de ser algo para renacer en otra cosa"⁴.

Pero fue Pitágoras quien defendió más que nadie la idea de la metempsicosis o trasmigración de las almas; para él las almas son *dáimones* inmortales que cayendo de las moradas divinas, sufren la prisión corporal, con la muerte se purifican en el Hades y vuelven a ascender a los cielos para reencarnar en cualquier ser vivo.

Demócrito, baluarte de la teoría atomista, considera al hombre como formado por partículas atómicas, y la vida se hace presente en él sólo porque constantemente absorbe

partículas anímicas que se encuentran esparcidas en el aire; cuando el hombre muere, las partículas que forman su alma vuelven al aire, por lo tanto el alma humana es inmortal en cuanto que participa de la esencia universal, pero sus manifestaciones individuales desaparecen con la muerte. Todas estas ideas filosóficas, algunas más oscuras que otras, si bien es difícil que fuesen asimiladas por la gran mayoría de los griegos, tuvieron en cambio una amplia difusión en los círculos aristocráticos e intelectuales, de modo que algunos de ellos haciendo algunas variaciones a las teorías originales para volverlas más asequibles, contribuyeron a la difusión de éstas: Píndaro mezcla en sus poemas ideas homéricas y trasmigración de las almas; Sófocles presenta a un Edipo premiado con la inmortalidad; Eurípides toma parte de las ideas de Demócrito al considerar que el alma humana participa de la conciencia inmortal al incorporarse al éter inmortal; y, como ellos, otros tantos artistas como Polignoto y Aristófanes, que le refrescaban a la audiencia helena las cosas que se dicen sobre la muerte y los muertos.

El mismo Platón en sus primeras obras se consideraba desconocedor de la suerte de los difuntos, pero más adelante aceptaría la tesis de la trasmigración de las almas: el alma para lograr purificarse debe cumplir con varias existencias en la tierra durante un lapso de mil años, para librarse del yugo material y entrar en comunión con lo puro y eterno⁵. Para Platón el alma es inmortal dado que los males que le son propios y contrarios como la injusticia, la intemperancia, la cobardía y la ignorancia no pueden destruirla. Platón está en contra además de la tradición homérico-hesíodica que pinta al Hades como un lugar de horrores supremos; para este pensador el Hades es el sitio en el que se juzgan las acciones de los hombres y por lo tanto aquellos que han sabido llevar sus vidas por el camino de la rectitud y la justicia no tienen nada que temer en su paso al otro mundo.

Pero no siempre la muerte era un fin odioso a los hombres, ya que no había gloria mayor en la antigua Grecia que el morir por la *pólis*. El culto a los héroes de orígenes muy remotos seguía vigente en el período clásico; las palabras de Hesfodo que consideraba a los héroes como *dáimones* terrestres que apartaban los males y velaban por la conservación de la vida humana, se mantuvieron presentes en la mentalidad griega por mucho tiempo, como lo revela el siguiente epitafio:

"Por el esforzado Agatón, que murió en Abdera, toda esta ciudad lloró en su pira"⁶,

o este otro:

"Extranjero, anuncia a los lacedemonios que aquí yacemos por obedecer a sus palabras"⁷.

El historiador Tucídides señala como "la muerte más hermosa"⁸ aquella que sobreviene en la lucha por defender a la *pólis* de sus enemigos. A los caídos en batalla, tal como nos lo hace saber el historiador, se les ofrecía un funeral colectivo, en el que desfilaban tantos ataúdes como tribus hubiera en la *pólis*. Luego se cumplía con todos los ritos funerarios y se escogía un personaje público para hacer la oración y el elogio a los muertos. Después del entierro se celebraba el banquete fúnebre como era costumbre y se realizaban los juegos agonales; estas celebraciones servían para asegurarse los buenos augurios de los difuntos y permitir el normal desenvolvimiento de la vida diaria. La *pólis* se encargaba además del cuidado y educación de los que hubieran quedado huérfanos por la guerra.

Pese a todos los cuidados que se tenían para cumplir a cabalidad con las ceremonias funerarias, hubo ocasiones como

durante la peste que asoló a Atenas en la Guerra del Peloponeso, en que las prácticas fúnebres debieron ceder ante la higiene, y frente a un enorme número de víctimas, las cremaciones colectivas se impusieron. Dato curioso es el que nos transmite Tucídides acerca de lo que hicieron los atenienses para librarse de la epidemia:

"... cuantas tumbas había en Delos fueron trasladadas de allí y prohibieron que en adelante muriera o diera a luz nadie en la isla..."⁹.

La purificación se justifica por tratarse de la isla consagrada a Apolo, quien es entre otras cosas el dios que cura los males. Llama la atención que tanto el alumbramiento como la muerte sean causa de impureza, cuando ambas realidades son opuestas y complementarias: la primera señala el principio de la vida, la otra el ocaso, y de acuerdo con los principios heracliteanos todo nace de su opuesto.

Con lo expuesto hasta ahora es fácil comprender cómo un pueblo tan complejo en sus logros intelectuales y maravillosamente hábil en sus creaciones artísticas, no podía ignorar una verdad que como todo mortal estaba obligado a enfrentar. Para ello el griego no se armó de unos elementos que formaran una religión mortuoria bien definida como la de otros pueblos, sino que fue adquiriendo con el tiempo una serie de prácticas, creencias, representaciones y teorías que le permitieron contar con un abanico de posibilidades a la hora de enfrentarse a los hilos y a las tijeras de las Parcas.

Notas

* Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.

1 *Od.* XI, vv. 218-222.

2 *Od.* XI, vv. 489-491.

3 ARQ. *Frag.* 8; SIM. *Frag.* 7.

4 HERÁCLITO. *Frag.* 25, 64, 66, 67.

5 *Fedro*, 249 b; *Rep.* X, 618 a, 260 ss.

6 ANACREONTE. *Frag.* 100.

7 SIMÓNIDES. *Frag.* 82.

8 II, 44.

9 III, 104.

10 Para este artículo se han manejado, entre otros:

C.M. BOWRA. *La aventura griega*. Madrid, Guadarrama, 1960.

R. COHEN. *Historia de Grecia*. Barcelona, Surco, 1958.

R. FLACELIÈRE. *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles*. Madrid, Temas Hoy, 1985.

PLATÓN. *Diálogos*. México, Unam, 1965.

PLATÓN. *Diálogos*. Madrid, Gredos, 1988.

PLATÓN. *República*. Madrid, Gredos, 1988.

I poeti lirici. Bologna, Zanichelli, 1931.

E. ROHDE. *Psique*. México, F.C.E., 1983.

TUCÍDIDES. *La Guerra del Peloponeso*. Madrid, Biblioteca Clásica Hernando, 1952.